

**Graciela Batticuore, Loreley El Jaber y Alejandra Laera (comps.),
Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina
Rosario, Beatriz Viterbo, 2008, 288 páginas.**

A diferencia de lo que presumía la tesis de F. J. Turner sobre el significado de la frontera en los Estados Unidos, como observaron Colin M. Lewis y Cortés Conde, entre otros, en el Río de la Plata ningún impulso expansionista primó hasta bien avanzado el siglo XIX. Si Sarmiento coleccionaba un modelo literario de la prosa de Fenimore Cooper, en cambio expresaba su queja —en oportunista nota agregada al *Facundo* en su segunda edición— por la falta de una política de colonización que llegara hasta el Río Colorado. Y más: hasta la década de 1870, tal como expresaba el propio Sarmiento a su par chileno Lastarria cuando el problema limítrofe, externo e interno, aquejaba, la frontera seguía siendo, para el sanjuanino, una cuestión literaria.

Apelando al carácter plural inscripto en ella —la frontera como espacio militar, económico y cultural, como región, proceso y discurso—, los trabajos reunidos por Graciela Batticuore, Loreley El Jaber y Alejandra Laera se hacen eco de esa intuición sarmientina sobre la frontera y apuestan a la “reconstrucción de [su] historia literaria”. Tomando distancia del monolítico esquema consagrado por Viñas en *Indios, ejército y frontera*, e incorporando algunos enfoques innovadores y recientes como los de Álvaro Fernández Bravo, Jens Andermann (y Eduardo Romano para el caso de los cruces genéricos), o propuestas de la crítica americana, como los trabajos reunidos por Paula Covington en *Latin American Frontiers, Borders, and Hinterlands: Research Needs and Resources*, entre otros, el libro indaga esa zona de contacto desde una perspectiva que focaliza, para decirlo en términos de Andermann, sus “formas estéticas de representación”, tanto discursivas como iconográficas. Se podría agregar, como dato descriptivo, que este libro es el resultado de un proyecto de investigación conjunto cuyos integrantes forman parte de la cátedra de Literatura Argentina I de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El trabajo que abre la compilación, “Fronteras en movimiento. Historia de una dinámica (siglos XVI y XVIII)”, de Loreley El Jaber, parte de la edición de la crónica de Sch mild realizada en 1599 por Levinus Hulsius. Esa versión tiene el condimento particular de ofrecer una serie de grabados que acompañan e ilustran la crónica. Aunque el ilustrador no lo quiera, según apunta El Jaber, dichas imágenes logran ampliar el significado de frontera como “cerco” o “empalizada” hacia una zona de representación cultural en la que conviven los pactos y las traiciones, los alrededores del muro con sus habitantes, sus transposiciones en forma de alianzas. Si la literatura colonial representó la frontera como una progresiva colonización del espacio y un enfrentamiento bélico, no menos cierto es que, al mismo tiempo, figuraba una zona de interpenetración, en la que los españoles se “barbarizan” en un grado superior al de los propios habitantes nativos —como muestra el “Romance elegíaco” de Miranda y el primer grabado de la edición hecha por de Bry, también en 1599, de la crónica del bávaro, que amplía y focaliza la escena antropofágica que aparece en el margen derecho de la imagen reproducida por El Jaber—, y en la que se requiere y se practica el “flujo de cuerpos” (p. 38) como mercancía y como asiento para dominar el territorio. Notablemente, esta primera contribución, por encima del afán cronológico, es una apertura en los términos que intitulan todo el compendio: “cruces”, “desvíos” y “pasajes”. No sólo porque El Jaber lee la frontera en la literatura colonial (en esos relatos, como se acostumbra decir, fundacionales) como un discurso ideológico a la vez que cultural, sino porque instala un primer cruce exegético, el de texto e imagen, que va a resultar fructífero al menos en otros dos sendos trabajos: los de Cristina Iglesias y Alejandra Laera que, cabe destacar, examinan zonas poco o escasamente transitadas por la crítica literaria.

En efecto, en “Secretarios de la pampa. Apuntes sobre la figura del secretario letrado del caudillo gaucho”, Iglesias aborda una de las escenas más originales de la escritura americana decimonónica: aquella en la que el caudillo dicta sus sentencias o proclamas y el secretario escribe (traduce) en papel sus palabras. La imagen en este caso es la de Artigas dictándole al fraile Monterroso, representada por el pintor uruguayo Pedro Blanes Viale. Estos secretarios (Monterroso, secretario de Artigas y de Ramírez; de Angelis, de Rosas; Ortiz, de Quiroga) parecen representar una de las posibles figuras de los intelectuales —una de las posibilidades en la transfiguración del antiguo letrado de la colonia— que ofician también un traspaso, llevando hacia tierra adentro la marca de la cultura letrada. En esa función, Iglesias avizora “una gran metáfora”: la de la conflictiva relación entre intelectuales y poder en el siglo XIX.

Laera, por su parte, aborda las representaciones y discursos relativos a la Guerra del Paraguay (1865-1870), desde una perspectiva que subraya la transnacionalidad del conflicto antes que la preeminencia de relatos fronterizos nacionales. Analizando las *causeries* de Mansilla y los *Croquis y siluetas militares* de Gutiérrez, así como las imágenes y grabados de Cándido López y de Garmendia, Laera señala por lo menos dos paradojas significativas: una, que no son los héroes militares de la guerra los que formarían los fastos populares de la nacionalidad sino los gauchos o personajes de la pampa, tal como los presenta Gutiérrez en sus folletines (y justamente porque en su *Croquis y siluetas militares* [1886], cuando despunta la narración de la aventura, es el modelo de la literatura popular y no el militarizado el que resulta más efectivo); la otra reduplica la fórmula que Laera atribuye a las imágenes de Cándido López: “En sus cuadros, todo adquiere dimensión colectiva pero está en miniatura: de allí que la épica y la heroicidad sean imposibles en esa representación” (p. 201). Es decir, las batallas de la soldadesca, a diferencia de la perspectiva en primera persona que asumen tanto Garmendia como Mansilla, necesitan de un tejido que reconstruya el relato de la guerra como un todo, que logre ensamblar una perspectiva tangible, en la que el producto de la guerra no quede cercado (ni justificado) por límites nacionales. Entre héroes militares y héroes populares, el conflicto bélico con Paraguay (así como las alianzas entre Argentina, Uruguay y Brasil) muestra que la frontera, como dice Laera, sirve para nacionalizar aquello que excede los límites nacionales y, a la vez, para adoptar una posición frente a la guerra que no siempre coincide con la que se tuvo mientras esa guerra se llevaba a cabo.

Pero los “cruces” no se confinan únicamente a lo genérico, o a los distintos tipos de representación, sino también a series de textos, tópicos, personajes. Y, aun, en esa interpenetración hermenéutica los cruces no excluyen los desvíos. Así, el *flujo de cuerpos* reaparece en otra versión de la frontera, la de Pablo Ansolabehere, ceñida al *Martín Fierro*. En este caso, pensada como un espacio militar al que es confinado el gaucho, la frontera es reducto estatal donde afincan los cuerpos que la *polis* expulsa, institución que determina material y culturalmente el llamado “destino” del gaucho —aquél que Martínez Estrada, en la senda del nativismo romántico de larga data, aún concebía como de “vida errante”. Ansolabehere, en cambio, con una lectura inteligente y precisa desmonta esa filología folklorista, y muestra el carácter sistemático de la frontera como espacio de corrupción y degradación, lugar al que se entra y se sale criminalizado (dicho sea de paso: casi como una glosa documental del poema de Hernández, Rodríguez Molas discutió y reveló el carácter mendaz de la fórmula “vago y malentendido” que orientaba las levas, y no por casualidad ese estudio figura en la bibliografía comentada por Ansolabehere).

La *Excursión* de Mansilla y los relatos de Zeballos aparecen y se cruzan en varios enfoques de este volumen. Graciela Batticuore, por ejemplo, inicia su trabajo, “Leer y escribir en la frontera”, con la nota al pie a la que remite el autor de *Callvucurá y la dinastía de los Piedra* en 1884: el supuesto manuscrito o archivo indio hallado por Zeballos en los médanos del “desierto”. Y aunque parezca una escena típica de una trama ficcional, dicho manuscrito, sin embargo, no es del todo un invento. Las *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*, editadas recientemente por Meinrado Hux, vienen a encuadrar ese esbozo ficcional y, al mismo tiempo, habilitan una lectura de la frontera “*como espacio de producción y circulación de la cultura escrita*”, es decir un lugar donde los papeles, libros, folletos y escrituras resultan cruciales en la interacción del mundo cristiano y el mundo indígena. Batticuore se centra en la escritura fronteriza de personajes fronterizos —las *Memorias* de Avendaño (escritas presumiblemente alrededor de 1854), quien permaneció cautivo de los ranqueles entre 1841 y 1849, las de Baigorria, escritas en la década de 1860, devoto del *Facundo* y personaje de “pasaje” quizá más que ningún otro: Baigorria estuvo entre los ranqueles, luchó contra Quiroga y Rosas, se unió a Urquiza, y luego pasó a las filas de Mitre—, para leer allí el valor concedido al saber letrado, la preeminencia de la escritura en la frontera, y las tácticas de conquista que habilita la escritura (basta recordar el asombro de Mansilla al ver que los caciques ranqueles guardaban y leían los periódicos bonaerenses, o frente a su manejo de la oratoria, que el patricio comparaba con la habilidad de un maestro de gramática de Molière). Como sostiene Batticuore, en la frontera, en esos trajines fronterizos *saber leer y escribir* resultaba crucial y hacía, de algún modo, posible ese mundo.

Los textos de Zeballos reingresan en el análisis consagrado por Claudia Torre (“Estanislao Zeballos y el relato de la araucanía”). El “tríptico del desierto”, como llama a las tres obras fundamentales de Zeballos (*Callvucurá y la dinastía de los Piedras*, 1884; *Painé y la dinastía de los Zorros*, 1886; *Reilmú, Reina de los Pinares*, 1888), conforma una serie que recoge las experiencias de viaje en un degradé que va de un conato “documental” hacia una zona claramente ficcional. Insertos en el marco de las narrativas que fagocitó la expedición al “desierto”, las obras de Zeballos al mismo tiempo que refuerzan el rechazo generalizado a la “barbarie” indican los propios flagelos del avance civilizatorio: la carencia de una clara política de colonización, así como la denuncia de las deficiencias o desmadres que,

según la autora, se cuelan en los resquicios de su prosa, desmantelando en algún punto el edificio de su argumentación. Sandra Gasparini, por su parte, aborda la *Excursión* de Mansilla como texto fronterizo para examinar, mediante una categoría que remite a Genette, los “umbrales” de los géneros literarios en formación. Particularmente, Gasparini atiende a la endeble emergencia de lo ficcional en ese relato, así como al híbrido genérico entre cuento fantástico y relato policial que anuncia, desde ese lugar de emergencia que es también una zona de confluencia del nuevo paradigma cientificista, la literatura argentina que vendrá (por ejemplo, en textos como los de Eduardo L. Holmberg).

El trabajo conjunto de Patricio Fontana y Claudia Román aborda la literatura argentina que va de 1837 a 1852, tratando de avizorar, como Franco Moretti en *Atlas de la novela europea*, una “fenomenología de la frontera que pueda leerse en esos textos” (p. 56). La serie de textos analizados por los autores, quizá algo previsible, incluye el *Facundo*, *La cautiva*, *Amalia* y las piezas gauchescas de Hilario Ascasubi reunidas en su *Paulino Lucero*. Sin embargo, la lectura arroja dos o tres iluminaciones precisas, de esas que no son posibles desestimar sobre todo cuando se avienen sobre el canon. Así, si en la lectura de Sarlo y Altamirano sobre *La cautiva* el “desierto” triunfa sobre la cultura, para Fontana y Román el poema también es el relato (o el vaticinio) de una exitosa conquista del territorio, tanto lingüística como militar. Al mismo tiempo, los autores señalan agudamente un desfase entre la producción letrada y los programas del romanticismo literario, es decir, un “desvío”, que sólo será resarcido mediante un deseo que lleva a la ficción, a reunir caballos con (inexistentes) estatuas en la prosa de Sarmiento como producto de una necesidad narrativa (necesidad de sostener como sea la peripecia). Quizá el remedo de los argumentos de Ricardo Rojas para explicar ese desvío o desfase deje la impresión de un pasaje que todavía necesita ser desandado (como si en ese punto oteara otro desvío que requiriera de otras tantas páginas como las consagradas a este capítulo). Adriana Amante, por su parte, examina una de las coyunturas más notables en los debates y escrituras querellantes de la época: la polémica suscitada entre Alberdi y Sarmiento después de Caseros. Pero Amante se detiene en una de las aristas poco transitadas de esa polémica: los derechos ciudadanos o bien el carácter de extranjeros que asumieron o se vieron compelidos a asumir, desde diferentes posturas, los exiliados argentinos durante el dominio rosista.

Si tomáramos los tres o cuatro textos capitales de la escena literaria argentina del siglo XIX —el inventario sería a todas luces innecesario—, resultaría evidente que sus autores pergeñaron, a contramano de las sutilezas previstas por Homi Bhabha en *Nation and Narration*, una escritura en la que la figura del *otro* no emergía en el solipsismo de una conversación íntima o intimista, en el marco de una plática afincada en el “nosotros” al estilo de las *causeries* de Mansilla, sino que era ella misma —desde la biografía, el cuadro de costumbres, la poesía o el relato descriptivo— motivo primario e irrefrenable de escritura. Sin regodearse en esa certidumbre, *Fronteras escritas* sin embargo la expande hacia otras escrituras, y aprovecha con acierto e inteligencia la complejidad de toda medianía. Especialmente —y éste quizá sea el ímpetu que atraviesa todo el libro—, la que es capaz de ofrecer la literatura.

Hernán Pas